

Las cobijas de don Andrés

Era en los principios del último tercio del siglo pasado; cuando tenía confirmación aquello del hambre de los maestros que como es sabido malvivían con sus sueldos miserables que no le alcanzaban ni para las más apremiantes necesidades de la vida; cuando habían de soportar las groserías, sofiones y malas razones que los caciques convertidos en alcaldes les prodigaban, y habían de escuchar con ira reconcentrada aunque envuelta en una sonrisa de amargura para evitar cualquier alcaldada del patán con bastón de borlas, que le pusiera en alto los pobres garbanzos.

Todavía el Conde de Romanones no había redimido a los maestros incorporando sus sueldos a los Presupuestos del Estado.

Castaba don Andrés, recia palmeta de corazón de encina que parecía charolada por el uso, que llevaba siempre embutida en los bolsillos del gabán de paño de Torrejoncillo, color de pimentón malo de la Vera, con cuello de terciopelo, que alguna vez parecía haber sido verde. Usaba una gorra de la que pendía una borla de seda amarilla. Perteneía don Andrés a una familia de liberales; su padre, estuvo procesado durante el mando de Calomarde, por haber tocado en el órgano de Santa María del Mercado el himno de Riego, nada menos, y hubo de ser *purificado en primero y segundo grado*. No era maestro con título de tal. Lo era como los de su época; los examinaba el secretario del Ayuntamiento; aportaban determinados documentos; ser hombres de buenas costumbres, ser católicos y presentar certificado de conocer la Doctrina Cristiana que les facilitaba don Rafael Gabriel Blázquez Prieto, canónigo de renombre de Badajoz y a vivir o a morir de hambre. Era un pedagogo a su manera. Enseñaba Ortografía en verso; todavía me acuerdo de algunos:

Delante de b, p o n, una eme siempre pón;
Y no ene, que escribirías mal la dicción.

Todos los chicos le teníamos declarada la guerra a la palmeta; nuestras razones teníamos, y aunque hacíamos lo posible por conseguirlo, no lográbamos que estallase por mucho ajo con que se untaran las manos, remedio infalible según los muchachos.

¡Cuánta travesura soportaba el bueno de don Andrés, a fin de no disgustar a los padres de los chicos que solían obsequiarle con la cesta de uvas o de higos, las granadas, membrillos o nueces o una cesta de aceitunas de las caídas del árbol para sus *machaitas*!

La del grillo fué famosa. Todavía la recuerdan los viejos como yo. Era por la primavera, cuando los grillos alegran el campo con su *cri-cri* que los chicos cazan con su consabida *pajita* y cuando las zarza-moras ya negras por maduras, se ensartan en el ramo de biznaga. Muchas veces no había jaula ni donde colocarlo, sobre todo si era *real* con unas manchas doradas en las alas y había que arbitrar los medios de poder llevarlo. Uno muy socorrido era descoser el forro de la gorra y entre sus pliegues colocarlo. El grillo si era bueno, cantaba hasta en la palma de la mano. Había que ir a la

escuela sin abandonar el grillo y como la cosa más natural del mundo, coloqué la gorra en la enorme percha que había para alojar las gorras y abrigos de todos los alumnos, un día que cacé uno.

No bien se habían sentado cada uno en su mesa, cuando el grillo empezó a cantar dentro de la gorra. Pueden figurarse los lectores el *jollín* que se formó. Todos se levantaron como movidos por un resorte: gritos, risas, algabaría... El bueno de don Andrés era impotente para calmar el alboroto. Haciendo un esfuerzo, gritó con voz de trueno: ¡Que cada uno coja su gorra...!

¡Estoy perdido, pensé para mis adentros; pero, reponiéndome momentáneamente, me dirigí a la percha cogiendo una gorra que naturalmente no era la mía, dejando allí la del grillo. Cada uno recogió la suya y por eliminación quedó sin dueño la del grillo. Claro que hubo un niño que quedó sin gorra que era el dueño de la que yo había cogido. Las apariencias le condenaban, aunque protestaba y sostenía que aquella no era su gorra, lo que no le valió de nada pues don Andrés le castigó por su atrevimiento, castigo que después de tantos años aun me acusa en mi conciencia como un grave pecado.

Pero el chico lloraba y pataleaba y después de muchas averiguaciones se vino en conocimiento que el dueño de la gorra era yo... y entonces si que tuve ocasión de saber, por triste experiencia, que la palmeta no estallaba por mucho ajo que se untara en la mano.

Solíamos rezar el Santo Rosario los sábados por la tarde que además se dedicaban a la lectura de trozos escogidos de los grandes maestros de las Letras Españolas con preferencia Zorrilla o el Duque de Rivas; Quintana o Espronceda. El Santo Rosario lo entregaba don Andrés, a uno de los chicos, para que fuera pasando las cuentas mientras él dirigía los rezos, dándose el caso de que por equivocación el encargado del Rosario pasara varias cuentas en lugar de una, si delante tenía quien le guiñara el ojo.

Como su sueldo era insignificante y mal pagado, había que inventar algo que aumentara los ingresos de su pobre presupuesto familiar. Los sábados, también los sábados, pasaba revista a los forros de los libros; si había alguno —lo que estaban todos— con los forros rotos o sucios, teníamos que comprar la *cobija* para forrarlo, que eran los pliegos de papel que durante la semana se habían utilizado para hacer las planas y que al ser examinadas por él guardaba cuidadosamente en el cajón de su mesa, para vendernos el pliego que había de servir para forrar las fábulas de Samaniego o Iriarte, el Catón o la Aritmética de Cortázar. Este pequeño negocio que le proporcionaba unas monedas semanales, no era muy limpio; ya que el papel que nos vendía era nuestro; pero a los padres de los muchachos, le causaba una piadosa sonrisa de lástima y compasión. Así vivían aquellos mártires de la enseñanza.

LINO DUARTE INSÚA.

Badajoz, Enero de 1946.